ORACION FUNEBRE

DE MARIA THERESA DE AUSTRIA, *REYNA DE FRANCIA,* Y DE NAVARRA,

PRONUNCIADA EN PARIS EL DIA 24. DE NOVIEMBRE DE 1683. EN LA IGLESIA *DE LAS RELIGIOSAS* DE VALDEGRACIA, *DONDE REPOSA SU CORAZON:* EN PRESENCIA DEL SEÑOR DELPHIN, DE LOS Señores Duque, y Duquesa de Orleans, de Madamosela, y de los Principes, y Princesas de la Sangre Real.

ORACION FUNEBRE

DE MARIA THERESA DE AUSTRIA, REYNA DE FRANCIA, Y DE Navarra.

Fundamenta æterna supra petram solidam, & mandata Dei in corde mulieris sanctæ.

Los fundamentos eternos sobre la piedra sollida, y firme, y los Mandamientos de Dios están en el corazon de la muger santa. *En el Libro del Eclesiastico, cap. 26. v. 24.*

SEÑOR.

Nmedio de este funebre aparato, en este Sagrado Templo, en donde la muerte recoge grandes despojos, á vista de ese triste tumulo, y de ese Real corazon, que no es ya mas que ceniza, pensareis acaso que os he de hablar de la fragilidad, y de la nada de las grandezas humanas.

El Espiritu de Dios nos enseña en sus Escrituras, que

que es necesario llorar la suerte de los pecadores. *Su vida pasa como la sombra*; (*a*) *llega un fatal dia en que perecen todos sus pensamientos*; (*b*) *su memoria hace un poco de ruido, y và á perderse en un silencio eterno.* (*c*) *Los bienes que han adquirido se les escapan de sus manos avaras*; (*d*) *su gloria se seca como la hierba; sus coronas se marchitan, y casi se caen ellas mismas.* (*e*) Verdad es que lo que sirve á la vanidad, no es sino vanidad; y que todo aquello que no tiene sino al mundo por fundamento, se disipa, *y se desvanece con el Mundo.* (*f*)

Pero el mismo Espiritu de Dios nos enseña, que la grandeza es solida, quando sirve á la piedad. Hay *Coronas que se arrojan á los pies del Cordero*, (*g*) riquezas que se derraman en el seno de los pobres, *un Reyno, que pertenece á Jesu-Christo, y que no es de este mundo*; (*h*) *una Gloria que sale de la Cruz del mismo Salvador*, (*i*) *y una elevacion de los justos, que permanece eternamente*, (*k*) *porque está fundada sobre la piedra*; (*l*) *y esta piedra*, segun el Apostol, (*m*) *es nuestro señor Jesu-Christo.*

Yo no vengo, pues, á desengañaros aquí de las grandezas humanas, sino á mostraros el buen uso, que se puede hacer de ellas, no es mi animo el moveros con mi discurso, sino instruiros con exemplos; y el dia de oy os exorto, no á llorar una Reyna, si-

(*a*) Psalm. 143. v. 4. (*b*) Psal. 145. v. 4.
(*c*) Psalm. 9. v. 7. (*d*) Psalm. 75. v. 6.
(*e*) Psal. 89. v. 6. (*f*) 1. Cor. 7. v. 31.
(*g*) Apoc. 4. v. 10. (*h*) Joan. 18. v. 36.
(*i*) Gal. 6. v. 14. (*k*) Eccl. 27. v. 9.
(*l*) Psalm. 26. v. 6. (*m*) 1. Cor. 10. v. 4.

sino á imitar una Santa. De este modo llamaba en otro tiempo San Pablo (*a*) à los Christianos; y asi llamo yo à la *muy alta, muy poderosa, muy excelente, y muy religiosa Princesa Maria Theresa, Infanta de España, Reyna de Francia, y de Navarra*, á quien una piedad sin interrupcion, y una constante fidelidad en observar la Ley de Dios, han hecho digna de ser alabada à la vista de sus Altares por los Ministros de su Evangelio.

Quando el asunto de este genero de elogios es una de aquellas vidas mundanas, de las quales no se puede alabar sino el fin, en que todo su Christianismo se reduxo á algunos actos de Religion, hechos en el discurso de la enfermedad; ¡O quan dificil es, que no se adule la vanidad, ó que á lo menos no se la perdone! ¡Que no se confunda la fortuna con la virtud, y se ofrezcan, quasi sin querer, al Mundo, que es un Idolo, algunos granos del incienso que solo se debe á Dios! Pero ¡desdichados de nosotros, si alabamos lo que Dios no ha aprobado! ¡Si consagramos sin discernimiento aquellas victimas purificadas apresuradamente al punto de recibir el golpe mortal! ¡Y si escusamos muchos años de vanidad con algunos dias de penitencia!

Mas gracias á Jesu-Christo que oy estoy libre de estas dificultades, y de estos temores. Yo hablo de una Reyna, que el Cielo havia prevenido de sus bendiciones, y cuya virtud jamàs se ha desmentido, ni relaxado. Su vida fue una preparacion continua para morir bien, y su muerte es para vosotros una exor-

(*a*) Ephes. 1. v. 4. y ad Philip. 1. v. 1. &c.

exortacion á bien vivir. Qualquiera parte de sus acciones que toque, todo es virtud, todo es piedad. Artes de Corte, negocios de Mundo, razones de Estado, vosotras no haveis tenido aqui ninguna parte; y la grandeza de mi asunto es verse reducido á una vida del todo Christiana. La conducta de Dios sobre la Reyna, y la conducta de la Reyna para con Dios; ó para mejor dividir mi discurso con las palabras de mi Texto:

Division. { I. *Los designios de Dios, fundamentos eternos de la piedad de esta Princesa, cumplidos en ella:*
II. *Los Mandamientos de Dios gravados en su corazon, y puestos en practica:*

Son toda la materia de su elogio: *Fundamenta æterna supra petram solidam, & mandata Dei in corde mulieris sancta.* Nada digo que su corazon (que aqui tenemos presente) no haya sentido en sí mismo. Ni temo mezclar sus alabanzas con el Sacrificio que se ofrece por ella, y tomo del mismo Altar todo el incienso que quemo sobre su sepulcro.

PRIMERA PARTE.

AUnque no haya delante de Dios diferencia de estados, ni de personas, y su Providencia vele indiferentemente sobre todos los hombres; no obstante, la Escritura nos enseña, que tiene particular cuidado de aquellos que eleva sobre el Trono, y pone á la frente de su Pueblo. (*a*) Estas son sus criaturas mas nobles, re-

(*a*) Psalm. 104. v. 15. y Psalm. 17. *per totum.*

revestidas de su Poder, y de su Grandeza, y hechas propriamente á su imagen, y semejanza. El las conduce por su espiritu, las fortifica por su virtud, *y las corona en sus misericordias.* (*a*) *El tiene sus corazones en sus manos, y los maneja como le place,* (*b*) para que sirvan al cumplimiento de sus voluntades, y al adelantamiento de su gloria. Reconozcamos, Señores, esta proteccion, y esta conducta de Dios sobre la Reyna.

Era de una Casa tan augusta, que á un tiempo ocupa muchos Tronos, que da mucho tiempo há Emperadores, Reyes, y Reynas á toda la Europa, y mira á la gloria, y á la piedad como á sus bienes hereditarios. Era hija de aquellos Reyes, que por la fuerza de las armas, por la prudencia de los consejos, ó por el derecho de sucesion, reunieron muchas Coronas; que estienden su dominacion mas allá de los Mares, y de los Montes; que se hacen obedecer en el antiguo, y nuevo Mundo; cuyo poder se dilata tanto, que gimen (digamoslo asi) bajo el peso de tantas Provincias, y Reynos; y su grandeza misma les llega á ser gravosa. Pero lo que mas realza su nacimiento es que le debia á una hija de Henrique el Grande; que la Sangre de nuestros Reyes (esa Sangre la mas noble, y la mas pura que jamàs corrió por ninguna Casa Real) está felizmente mezclada con la Sangre de Austria, y la de Castilla.

El Cielo no adornò con tanta grandeza á esta Princesa, sino para hallar mayor modestia que coronar en ella.

(*a*) Psalm. 102. v. 4.
(*b*) Prov. 21. v. 1.

ella. No se dejó deslumbrar de todo este explendor. En lo exterior, Reyna magnifica; interiormente, humilde sierva de Jesu-Christo. Llevando sobre su rostro la magestad de tantos Reyes, de quienes descendia, conservaba en su corazon la humildad de hija de Dios, de lo qual dependia toda su virtud. Veía en la serie de sus antepasados, no lo que la ennoblecia delante de los hombres, sino lo que podia santificarla delante de Dios, en cuyo seno buscaba su fin, y su origen.

Y asi jamás se la oyò gloriarse sino de la qualidad de Christiana. Viòsela muchas veces abatirse, y defraudar á su dignidad por arrojarse á los pies de los pobres; y si los ojos de los mortales pudiesen penetrar aquellos velos que cubren en lo interior de nosotros las operaciones de la gracia, y los sentimientos de nuestras conciencias, se la huviera visto establecer *dentro de sì misma el Reyno de Dios*, segun las reglas Evangelicas; (*a*) plantar la Cruz de Jesu-Christo sobre un monton de Cetros, y de Coronas; valerse de la Sangre del Salvador para purificar la sangre de sus padres; borrar los titulos de su casa para gravar los de su bautismo; y en ese corazon, á quien la mentira, y la lisonja jamás se atrevieron á acercarse para darla una falsa gloria, oír la verdad, que la enseñaba sus obligaciones, y la descubria sus flaquezas.

Pero aunque Dios por su gracia huviese infundido tan santas inclinaciones en su alma, quiso que se ayudase de las instrucciones, y de los exemplos de una Madre à quien una sincera piedad, una ternura respetuosa por su esposo, una bondad oficiosa, y liberal pa-

(*a*) Luc. 17. v. 21.

para con sus Vasallos, un animo varonil en las necesidades urgentes del Estado, y una sabia paciencia en los trabajos, y en las tribulaciones domesticas, havian hecho venerable, asi en la España en donde reynaba, como en la Francia de donde havia salido.

De ella aprendió esta joven Infanta las primeras reglas de la sabiduria Christiana: Que es necesario dar á Dios por reconocimiento lo que tenemos de su bondad; que la felicidad de los ricos no consiste en los bienes que tienen, sino en el bien que pueden hacer; y que entre tantas cosas vanas, y superfluas como rodean á los Grandes del mundo, deben mirar su salvacion como á la unica cosa necesaria. De este modo se acostumbraba en su infancia á temer à Dios, y amarle, y de ella se puede decir lo que la Escritura dixo de otra Reyna; que no desdixo de su educacion: *Et non mutavit Esther educationem suam.*

Providencia eterna, para nosotros formabais ese corazon christiano. Vos gobernabais esas dos Princesas, y las conduciais á vuestros fines por caminos secretos; y para repartir vuestros favores á los dos primeros Reynos del mundo, queriais que la hija viniese como á restituir á la Francia tantos votos, y tantas virtudes, como la madre havia llevado á la España.

El Cielo hizo nacer al mismo tiempo, y crecer bajo de una semejante educacion á un Rey, cuyo nacimiento milagroso prometia á todo el universo una vida llena de milagros. Veíase con jubilo acercarse el dichoso dia de este augusto enlace; estaban los nudos apretados en la eternidad; y por ciertos derechos secretos que el Cielo havia decidido, la Princesa mas perfecta del mundo pertenecia al mas Grande de los Reyes. Tra-

bajaban (sin pensar en ello) en agradarse, y merecerse el uno al otro. *Luis* recogia en su espiritu aquellos grandes principios que componen el arte de reynar, que exerce con tanta gloria. *Theresa* se adelantaba en el conocimiento de las virtudes Christianas, que con tanta edificacion ha practicado. En el uno la prudencia, y el valor se fortalecian con la experiencia: en la otra la modestia, y la piedad por la oracion. Dios daba al Rey su justicia, y su juicio para el gobierno de su Pueblo, y á la Reyna su misericordia, y su caridad para el alivio de los pobres. Criado el uno en sus campos, y en sus Exercitos, comenzaba á adquirir aquel glorioso habito que tiene de vencer; la otra criada al pie de los Altares, se acostumbraba á rogar por las victorias. Tal fue el cuidado que tuvo el Cielo en climas diferentes de aquellas dos grandes Almas que havia de juntar algun dia; y tales eran en los designios eternos de Dios, los preparativos de este Poder, que es oy dia el terror, la admiracion, ó la envidia de todos los otros.

La fortuna del mundo entero estaba unida á la de esta Princesa. Cada uno creia ver en ella el fin de las miserias publicas, y particulares; y los pueblos la miraban como aquel Angel del Apocalypsi (a) *embiado de Dios al mundo con un arco Iris sobre la cabeza*, para denotar la paz, y las misericordias del Señor, y *el rostro como el Sol*, para disipar las nubes que cubrian toda la Europa, y para encender en el corazon de un joven Rey victorioso fuegos mas dulces, y mas puros que los de la guerra. Estaba reservada para ella, Se-

(a) Apoc. 10. v. 1.

Señores, esta gloria; y unicamente à sus oraciones se havia de conceder una paz firme, y general. (a)

La Francia la havia deseado aun en medio de su prosperidad. Una Reyna, entonces Gobernadora, la ofrece á los hombres, despues de haverla pedido á Dios. Sagrados Altares, vosotros sabeis muy bien como unas tropas de Virgenes christianas, empleadas en pedirla à Dios, redoblaron sus Oraciones, y los Sacerdotes de Jesu-Christo hicieron una parte de votos de sus mismos Sacrificios. ¿Quien no huviera dicho que todos los Principes iban á aceptarla, unos arruinados con sus pérdidas, y otros cansados de sus victorias? Nada parece que podia retardar un tratado, en que la Justicia, y la Religion tenian tanta parte, y en que cada uno debia hallar su consuelo, ó su adelantamiento.

Pero Dios no juzga como nosotros. No havia llegado aun el dia de su paz, y de su misericordia. Las pasiones de los particulares opuestas al bien comun; las dificultades acaecidas en aquel gran numero de negociaciones, y de partidos; las convenciones trastornadas por la mala fe de los unos, ó por la impaciencia de los otros; y el ajuste, tan en breve concluido entre la Francia, y la Alemania, hicieron ver que la paz no es un bien que el mundo da; y que Dios (que la concede quando le place, y como le place) se reservaba el darla por la intercesion de nuestra Princesa.

Esta fue en efecto, Señores, la primera bendicion de su Matrimonio. Acordaos de aquella Isla famosa en que dos hombres encargados de los intereses, y de la for-

(a) *La paz de Munster.*

fortuna de dos Naciones, empleando su habilidad en disputar los derechos de las coronas, cediendo unas veces con prudencia, y otras juntando la astucia, y la persuasion á la justicia, ó al estado actual de los negocios; despues de haver empleado todos los secretos de su politica, concluyeron en fin esta dichosa alianza; alianza que fue, no obstante, obra de la Providencia de Dios, y no fruto de los trabajos, y de la sabiduria de estos grandes hombres. ¡Que dichoso fue aquel dia en que se la vió salir (como la paloma del Arca) de ese poqueño espacio de tierra que las olas respetaron eternamente, para anunciar á las Provincias su felicidad, y llevar por donde pasaba la paz, y la alegria à los corazones de los pueblos! ¡Qual fue este triunfo, quando rodeada de la gloria de su Esposo, y de la suya propria, nos pareció un Angel de Dios, por su modestia entre las aclamaciones, y las fiestas de esta Corte!

Templemos, si podemos, Señores, nuestro dolor con la memoria de nuestras alegrias pasadas; y elevandonos á las grandezas invisibles de Dios por las visibles de las criaturas, formemonos una ligera idea de la Gloria que goza, por la gloria en que la vimos. Pero bien á la ligera pasó por ella.

Quantos obsequios se tributaban à su Dignidad, ó á su virtud, eran otras tantas ofrendas, que interiormente hacia à Jesu-Christo crucificado: y las ardientes ansias con que se deseaba ocultar en algun apacible, y Santo retiro para darse en él á la Oracion; daban á entender bastante, quan molestos la eran los aplausos, y las vanas alabanzas de los hombres.

Sus primeras ocupaciones fueron ir de Iglesia en Iglesia, para reconocer à Dios en quantas partes quiere ser adorado. Bajo la conducta de una Reyna, que la servia de madre por su ternura, y que descargada del

del peso del gobierno, y libre de los cuidados, y de las distracciones de los negocios, no tenia mas pensamientos que por el Cielo, y por su Salvacion, bajo de estos auspicios (digo) se la vió en todos los Lugares Santos consagrar las primicias de su Reyno, y poner al pie de cada Altar, la mas bella corona del mundo. A esta Santa casa venian para unirse por la fè, y por la caridad, mas estrechamente que lo estaban por la sangre, y por la naturaleza á asegurar por sus votos la paz quando estaba dudosa; y atraer las luces de Dios sobre el Rey, y sus bendiciones sobre el Reyno.

Virgenes de Jesu-Christo que me oís, acordaos de aquellos dichosos dias. El zelo que teneis por vuestro Esposo, os hacia ver con gusto á estas Magestades humilladas en su presencia; y el fervor de sus oraciones os sirvió de estimulo muchas veces para aumentar el de las vuestras. Vosotras vistèis á estas Dueñas, y Señoras del mundo, vivir entre vosotras como vosotras mismas, que lo haveis dejado; cantar los Canticos del Señor; acompañaros en vuestros exercicios de penitencia; hacer en este desierto un Sacrificio de los placeres, y de las alegrias del siglo; y derramar sus corazones delante de Dios; esos corazones que le amaron mientras vivieron, y que vosotras guardais secos, y consumidos, no tanto por la muerte, como por el deseo, y la impaciencia que tienen de bolverse á animar para amarle eternamente.

No creais que tuviese parte, ni la ostentacion, ni la razon humana en la Religion de esta Princesa. Propusose, no el servir de espectaculo al pueblo, ni grangearse desde el principio una reputacion de piedad por aquellas devociones exteriores, que son ordinarias en su Nacion, y no se introducen tan presto en la nuestra; sino amar á Dios en la simplicidad de su corazon, cumplir sus obligaciones, y dar buenos exem-

exemplos. Un ayre de prudencia, y de verdad derramado en todas las acciones de su vida, daba á entender la pureza de sus intenciones. La modestia de su rostro correspondia à la sinceridad, y á la bondad de su corazon; y su perseverancia en la piedad hacia ver, que estaba fundada sobre la caridad, y sobre la gracia de Jesu-Christo, y nò sobre los juicios, y sobre la aprobacion de los hombres.

No porque ella no se creyese deudora à los hombres: Porque à todos los Christianos ha mandado Jesu-Christo en su Evangelio hacer frutos de penitencia; y de justicia, á fin de que se edifiquen los unos á los otros por las buenas obras que hacen, (a) y se exciten todos á glorificar al Padre celestial, que los da el poder, y la voluntad de hacerlas. Y este mandato habla especialmente con los Reyes de la tierra: porque estàn mas elevados, y sus acciones son mas notables; tienen mayor autoridad, y sus exemplos son mas eficaces; participan su Grandeza de la de Dios, y deben servir á su gloria.

Tal fue la Reyna en todo el discurso de su vida. Haviala elevado Dios sobre el Trono, á fin de que honrase su Religion; unióla al mayor Rey del mundo, para que su virtud fuese mas observada; y establecida en un Reyno en donde la mas libre comunicacion de los Reyes con sus Vasallos hace que se pierdan menos sus buenos exemplos, siguió su vocacion; y jamàs huvo vida mas pura, mas regular, mas uniforme, ni mas aprobada. Porque ¿se le deslizó, acaso, alguna indiscrecion á su juventud? ¿Su hermosura no es-

(a) *Ut videant opera vestra bona, & glorificent patrem, &c.* Matth. 5. v. 16.

estuvo siempre custodiada de la mas escrupulosa virtud? ¿Gustò por ventura, de que se la alabase contra la verdad, ó que se la divirtiese con agravio de la caridad Christiana? ¿A qué especie de sus obligaciones publicas, ó particulares de Religion, ó domesticas faltó alguna vez? ¿Qué libertad se tomó, que fuese, no digo digna de reprehension, pero ni aun de ser mal interpretada?

El temor de Dios reglaba todas sus acciones, y jamás tuvo la maledicencia ni motivo, ni valor para hablar de ella: *Timebat Dominum valde, nec erat qui loqueretur de illa verbum malum.* (a) Elogio que la Escritura da á Judith; pero que es mas ilustre en este tiempo, en que hay tan pocas reputaciones inocentes, è irreprehensibles, y mayor en la Corte, en donde la malicia nada perdona á la flaqueza, y en donde la misma inocencia con dificultad se libra de las sospechas, y de los malos juicios.

Sirviose de ella la Providencia, para dar á unos envidia de su perfeccion, y quitar à otros los pretextos de su negligencia. ¡A quantas almas tibias, y timidas alentó por su profesion publica de devocion, y por las señales visibles de la misericordia de Dios sobre ella! ¡Quantas falsas virtudes rectificó por las reglas que prescribiò á la suya! ¡Quantos desordenes contuvo, no tanto por la fuerza de sus correcciones, como por la eficacia de sus exemplos!

Verdad es, que todo el peso de la autoridad, y toda la Grandeza del Estado está en la Persona de los Reyes; pero se puede decir que la disciplina de las costumbres, y el suceso de la piedad en la Corte es-

(a) Judith. 8. v. 8.

eſtá en la de las Reynas. Al rededor de ellas se junta ordinariamente todo el espiritu del siglo; el deseo de agradar, la envidia de llegar á ello, y el deseo de ver, y de ser viſtas. Alli se forjan *aquellos dardos de fuego*, (segun los terminos del Apoſtol (*a*)) de los quales se sirve el enemigo para avivar sus pasiones en las almas vanas, que son los Idolos del mundo, y sus idolatras al mismo tiempo; alli se aprenden todas las modas del luxo, de la vanidad, de la ambicion, y de la delicadeza; alli se forman unas pasiones que hacen mover à todas las otras; y por un comercio fatal à la salvacion de las almas, los unos se forman un arte de engañar, y los otros una gloria de ser engañados. Y como el vicio es tan contagioso, se esparce desde alli à las Regiones inferiores de los Reynos; formanse modelos de eſtos desarreglos de costumbres; y por una serie funeſta, pero natural, los pecados de los Grandes llegan à ser las modas de los pueblos, y la corrupcion de la Corte se eſtablece en fin como una policìa de las Provincias.

¡Haſta donde no llegan eſtos excesos, quando una Princesa mundana los soſtiene, ò los autoriza! ¿Quien no sabe que el espiritu del siglo es un veneno, que se inflama, y se eſtiende con semejantes exemplos? ¿Y què esperanza de salvacion puede haver en un lugar, que llega á ser el centro de la vanidad, el Reyno de los malos deseos, la habitacion de las tentaciones, y el país de la Idolatria?

Pero la Reyna, Señores, santificó su Corte, santificandose à sì misma. Para ser admitidos en su servicio, y eſtar en su gracia no baſtaba seguirla; era necesario tam-

(a) *Tela nequissimi ignea.* Ephes. 6. v. 16.

tambien imitarla en sus practicas de piedad. La prudencia, y el orden reynaban en ella por todas partes; el pudor era mas eſtimado que la hermosura; y la virtud tenia mas credito que la fortuna. Meditar los Sagrados Myſterios, asiſtir al Santo Sacrificio de la Misa, oír la palabra de Dios, rezar las Oraciones de la Iglesia eran sus ocupaciones quotidianas. La visita extraordinaria de un Hospital en tiempo de urgentes necesidades, un viage de devocion para honrar la solemnidad de un Santo, un retiro en un Monaſterio para hacer una reviſta general de su conciencia eran los negocios que su Religion, y su caridad hacian mirar como importantes. Los que por su eſtado, ó por su obligacion tenian el honor de tratarla, eran edificados con eſtos buenos exemplos; y el pueblo, que la veìa en sus devociones (y en qué devociones no la viò?) la admiraba, la bendecia, y la imitaba.

No obſtante; no os figureis, Señores, que eſta Reyna, aunque toda ocupada en su salvacion, no tuviese parte alguna en los sucesos, y en los negocios del siglo. Tuvo en ellos toda aquella que la Providencia la havia señalado. No hablo aqui de aquellos cuidados, y de aquellos crueles temores, que tantas veces hicieron llevar á su corazon el peso de tantas, y tan dificiles empresas. Ni de aquella Regencia, que aunque duró poco, no dejó de manifeſtar las luces, que recibió de Dios, y la confianza que el Rey su Esposo tenia en ella. Hablo, sì, de aquella piedad que fue el origen de las prosperidades conſtantes, y aun muchas veces inesperadas de eſte Reyno. No temo disminuir la Grandeza de las acciones del Rey; eſte Principe gusta de partir su gloria con la Reyna, y juntar lo que el Cielo ha hecho por èl, á lo que el Cielo ha hecho por ella. Si èl meditaba en secreto grandes, é impenetrables designios, la Reyna invocaba aquella Sabiduria

eterna que preside al consejo de los Reyes. Si la victoria volaba delante de él, los votos de la Reyna havian volado delante de la victoria. Si marchaba en medio de los inviernos, la Oracion de esta Princesa penetraba las nubes para prepararle las estaciones. Si el combatia los enemigos, ella levantaba sus inocentes manos al Cielo; y nuestros exercitos se enardecian mas con el fervor de sus Oraciones, que con el fuego del combate. Si se exponia el Rey á los peligros, ¡Angeles de Dios, destinados à la guarda del Rey, y de la Reyna, quantas veces os suplicò, que acudieseis, que velaseis, y conservaseis una Cabeza tan estimada, y tan preciosa!

De este modo se cumplian los designios de Dios, asi en el Rey, como en la Reyna, y se verificaban estos oraculos de la Escritura: *Que la muger virtuosa es la recompensa del hombre de bien; que ella trae gracia sobre gracia à su familia,* (a) *y es la corona de su Esposo.* (b) Las ordenes del Señor, de que esta Reyna estaba encargada, fueron los fundamentos de su Grandeza; y los preceptos del Señor, que havia gravado en su corazon, fueron las reglas de su piedad. Esto es lo que me resta haceros ver en la

SE-

(a) Eccli. 26. v. 3. y 19.
(b) Prov. cap. 12. v. 4.

SEGUNDA PARTE.

AUnque la piedad tenga sus reglas, y sus principios; aunque (segun el Apostol (a)) *el culto que se dà à Dios deba ser siempre razonable*: se puede decir que hay entre los hombres pocas devociones prudentes, y bien gobernadas. Unos con capa de virtud, ocultan los deseos, y los afectos del siglo; dan las obras à la Religion, y guardan el corazon para el mundo. Otros viviendo segun su espiritu en una excesiva severidad, ó en una cobarde indulgencia, se hacen una devocion de humor, de genio, y de natural; y haciendose guias de sí mismos, quieren servir á Dios como les place, y no como él les ordena. Muchos dejan sus obligaciones esenciales por novedades supersticiosas, y ponen en lugar de los mandamientos de Dios, los metodos, y las tradiciones de los hombres.

La Reyna, Señores, se libró de todos estos defectos; y nosotros hemos visto en su conducta, una devocion solida, y arreglada; buscando los conocimientos necesarios, y huyendo una vana, y peligrosa curiosidad; dando à la edificacion del proximo lo que debia al exemplo, y à su propria santificacion lo que debia á su conciencia, oponiendose á la costumbre, quando era contraria á la Ley; no hallando nada pequeño en la Religion, ni nada dificil por su eterna salud; adicta á todas sus obligaciones, como

(a) *Rationabile obsequium vestrum.* Rom. 12. v. 1.

mo si no huviese tenido mas que una sola que cumplir; humilde sin bajeza, sencilla sin superficion, exacta sin escrupulo, sublime sin presuncion; animada en fin del Espi itu de Dios, fundada sobre sus verdades, y arreglada à sus preceptos.

Como todos ellos se reducen á amar á Dios, y al proximo; como á solos estos dos puntos se reduce toda la Ley, y toda la disciplina de los Profetas; y como todas las buenas obras (segun la expresion de San Agustin (*a*)) son hechura de la caridad sola, porque de ella nacen los pensamientos puros, los buenos deseos, y las acciones santas; y como todas las virtudes christianas son, ó los frutos, ò los oficios de aquella: Veamos, Señores, qual fue sobre este principio, el espiritu, y la piedad de la Reyna.

Una perfecta docilidad de espiritu, y de corazon, un deseo sincero de la perfeccion, y de su eterna salud, una intencion general de obedecer, y agradar à Dios; este era el fondo de su alma. A otros se les exorta à obrar bien: pero bastaba el proponerselo á esta Princesa. Vos, Señor, nos atraheis por vuestras promesas; Vos, Dios mio, nos haceis temer vuestros juicios; A ella le bastaba hacerla conocer vuestras voluntades; y lo que nosotros hacemos por obligacion, y con trabajo, ella lo hacia por su inclinacion, y por amor vuestro.

Nosotros la vimos por sola una simple advertencia, practicar con rigor toda la austeridad de los ayunos, y de las abstinencias, y privarse de ciertas mitigaciones, que los privilegios, y las costumbres de su Pais, la havian hecho mirar como permitidos, y la adu-

(*a*) Aug. in Ps. 29.

dulacion la havia aconsejado como necesarias. Recibió todos los consejos, que la dieron acerca de su salvacion, como otras tantas leyes que la imponian, persuadida à que todo christiano debe obedecer á la verdad, y buscar siempre con Jesu-Christo lo que es mas agradable à su Padre: *Quæ placita sunt ei facio semper.* (*a*)

De aqui nacia aquella delicadeza de conciencia, que la hacia pesar todas sus acciones en el peso del Santuario, de aqui aquellos frequentes, y exactos examenes, hasta llegar á los mas escondidos senos de su alma, para descubrir los menores deseos que el espiritu del siglo, y el amor proprio podian ocultar en ella: de aqui aquellas santas alegrias, ò aquellas saludables tristezas, que tantas veces se notaron sobre su rostro al fin de sus oraciones, y de sus retiros, segun los mas, ó menos progresos que creía haver hecho en los caminos de Dios: de aqui aquellas reiteradas confesiones, que denotaban que en su corazon contrito, y humillado, sentia el peso aun de las faltas mas remisibles, y mas ligeras: de aqui provenia, en fin, aquella loable impaciencia de cumplir con todas las obligaciones de su estado, y de estender su caridad, aun mas allá de lo que debia.

Almas tibias casadas, y satisfechas con vuestra timida, y escasa piedad, que creeis haver hecho siempre lo bastante por vuestra salvacion; almas cobardes, à quienes el pecado pesa menos, que la penitencia; venid aqui, y confundiros; ó por mejor decir: almas puras, que llevais el yugo del Señor, y caminais por las sendas de sus mandamientos, y de sus consejos, venid á excitaros con los exemplos de una Reyna.

Una

(*a*) Joan. 8. v. 29.

Una vista interior de Dios la quitaba todo el gusto de los placeres del siglo. La figura del Mundo de que habla el Apostol, pasaba delante de sus ojos sin detenerse en ella; y aun en sus mismas diversiones havia, no solamente dignidad, sino christianismo. Enmedio de los juegos, y de las Asambleas, en donde el alma se disipa, y ordinariamente se evapora, la suya se recogia en sí misma: y tantos objetos de vanidad como se derraman al rededor de los Tronos, eran motivos de reflexiones para su piedad, y no ocasion de distracciones para su oracion.

¡Con què aceleracion no iba à borrar hasta las menores ideas en el secreto de su Oratorio, y á presentar á Jesu-Christo un corazon hecho todo para adorarle, y para bendecirle! Alli llevaba su reconocimiento, y su alegria por las seguridades de la paz, y por los buenos sucesos de la guerra. Alli derramaba sus lagrimas, y su ternura, ya en la perdida de sus hijos, que el Cielo la dió para cumplir sus deseos, y la quitó para probar su resignacion; ya en la ausencia del Rey, quando el ardor de su valor, y las necesidades del Estado le obligaban á aquellas expediciones Militares, en que compraba á costa de sus peligros su reputacion, y su gloria; ya en aquellas inquietudes, y en aquellas penas secretas que la providencia de Dios, para la salvacion de sus escogidos, mezcla muchas veces con las grandes fortunas.

Pero no sondeemos nosotros lo que pasaba entre Dios, y ella. Los gemidos de la paloma se deben dejar para la soledad, y el silencio, à quien ella los ha confiado. Hay cruces, cuya suerte es permanecer ocultas á la sombra de la de Jesu-Christo; y basta decir, para gloria de esta Princesa, que todo sirvió para su salvacion, y que el Padre de las misericordias, y el Dios de toda consolacion, á quien ella amó siempre igualmente,

te, la sostuvo, asi en las dulzuras, como en las amarguras de la vida.

Y asi, nada la moviò jamàs tan vivamente, como el interés de la Religion. Porque ¿qué Mision ha havido à que no haya, ò concurrido con su reputacion, ó sostenido con sus beneficios? ¿Què conversiones ha llegado á saber, en que no haya tenido la misma alegria, que los Angeles tienen en el Cielo, segun las palabras del Evangelio? (a) Desde que se oyò bramar la tempestad, que acaba de descargar sobre el Imperio, y sobre la Ungria; ¿no añadió á sus ordinarias devociones una hora de oracion por dia? ¿No dixo muchas veces: *Que siendo Christiana sobre todas cosas, aun temia mas por su Religion que por su Casa?* Y puede ser, que este golpe del Cielo, que acaba de disipar este nublado, y de arrancar la corona de los Emperadores casi de las manos de los Infieles, sea un efecto de las intercesiones de esta Princesa.

Este zelo que tenia por la fè de Jesu-Christo la hacia admirar todo lo que el Rey hacia por ella. Alli estaba como el centro de aquella viva, y constante ternura, que fomentaba por èl en su corazon. ¡Quan grande era, y quan amable la parecia, quando por la severidad de sus Leyes contenia la licencia, y la impiedad! Quando á exemplo de aquellos religiosos Principes, cuyo elogio hace el Espiritu Santo en la Escritura, abatia las alturas; quiero decir, los templos que la heregía havia levantado sobre las ruinas de nuestros Altares; quando restablecia el culto de Dios en sus conquistas; y quando caminando sobre sus murallas, que acababa de abrasar, iba á ofrecerle por primer

(a) Luc. 15. v. 7.

mer omenage al pie de sus renovados Altares, los laureles que havia cogido! ¡Qual estaba el corazon de la Reyna en estas ocasiones; en què el interés de la Iglesia estaba unido al del Estado; y en donde el amor de Dios, y el amor del Rey eran casi una misma cosa!

¡Que no os la pueda yo representar en las practicas del Christianismo! ¿Qué espectaculo mas edificativo, que verla en las Iglesias, y mas de ordinario en su Parroquia, mas notable aún por su virtud, que por su comitiva; mezclandose entre las mas simples ovejas, para oír la voz del Pastor; y no distinguiendose de la multitud, sino por su humildad, su recogimiento, y su aplicacion à la Oracion.

Suspended por un tiempo vuestro dolor, fieles, y desconsolados domesticos de esta Princesa, y dad aqui testimonio de la verdad. Luego que entraba en la Casa de Dios ¿no olvidaba que era Reyna? ¿La visteis por ventura distraer su fé por una mirada curiosa, ó por una palabra indiscreta? En los mas crueles Inviernos en medio de los abrasados Estios, ¿llegasteis jamás á percibir alguna relaxacion, ò alguna impaciencia en sus largas Oraciones? ¿No estuvo en todo tiempo igualmente atenta, immobil, y anonadada en sí misma? ¿Quantas veces la visteis atraer los Cortesanos al execicio de la Fè por las señales que daba de la suya; inspirar sentimientos de Religion á las Almas mas desarregladas, y contenerlas en el silencio, y en la obligacion; no tanto por el respeto de su dignidad, como por el exemplo de su modestia?

Los sucesos de una Regencia tumultuosa, el valor de un Heroe, una serie de guerras, y de victorias, virtudes brillantes, y casi mundanas, acaso moverian mas vuestros espiritus, pero yo no vengo á sorprenderos por acciones extraordinarias, vengo sí á edificaros por unas virtudes, que por comunes que parezcan, no dejan de ser heroycas.

¿Con qué sumision oía la palabra de Dios! Leía en su corazon la impresion que la hacia, y el fruto que debia hacer: con tal que Jesu-Christo fuese anunciado, y que su Alma fuese alimentada, quedaba satisfecha. En nuestros Sermones, hermanos mios, buscaba sus defectos, y nos perdonaba los nuestros; y para mover nuestro auditorio (confesemoslo claramente) su presencia fue algunas veces mas eficaz, que nuestras palabras.

¡Qué respeto, en fin, no tenia á todo quanto mira á Jesu-Christo á sus Santos, á sus Altares, à la Cabeza visible de su Iglesia, y à sus Sacerdotes! A estos Sacerdotes, que las gentes del mundo no estiman ordinariamente sino por su calidad, ó por las rentas de sus Beneficios, y que los Grandes miran algunas veces, como á los menos importantes, y á los menos utiles de sus criados, envilecíendo de este modo el Sacerdocio de Jesu-Christo, y pasando insensiblemente de la poca estimacion del Ministro al poco respeto del Ministerio.

De sus manos recibia el cuerpo, y la sangre del Hijo de Dios: ved aqui el origen de su respeto. Como de este alimento celestial recibe el Alma Christiana su fortaleza, su consolacion, y su caridad, la Reyna se disponía á aprovecharse de estas ventajas. Aunque se acercase à los Altares muchas veces, era por Religion, no por costumbre. Comulgaba con tanta pureza, como si huviese comulgado todos los dias, y con tanta preparacion, como si no huviese comulgado otra vez en el año. Esta familiaridad (digamoslo asi) con los sagrados Mysterios, la hacia mas respetuosa, y mas circunspecta; y el uso frequente que de ellos hacia, siempre humilde, y siempre temblando, no disminuía su fervor; y redoblaba su reconocimiento. Ella se probaba, se corregia, y velaba sobre sí misma

ma á imitacion de aquella maravillosa muger de quien habla la Escritura: *Ella visitaba todos los lugares de su Casa, y no comia su pan en ociosidad*; (*a*) tan presto trabajando en humillar su Grandeza por voluntarios abatimientos, tan presto en sujetar su voluntad á dificiles condescendencias, y muchas veces en reprimir por su paciencia las vivacidades naturales, y siempre en socorrer al proximo en sus necesidades, y en sus penas.

Aqui, Señores, se presenta nueva materia á mi discurso; por lo que necesito que el Espiritu de Dios, pará el poco tiempo, que me resta, levante mi espiritu y mi voz para alabar las misericordias que hizo, é inspirò á esta Princesa. Dos cosas endurecen ordinariamente el corazon de los ricos, y de los poderosos del siglo para con los pobres; el orgullo de la condicion, y la delicadeza de la Persona. Como son vanos, tienen dificultad en descender á ministerios, que son decentes, pero que no parecen honorificos; y como están á cubierto de la mayor parte de las miserias humanas, tienen menos compasion de los que las padecen. No obstante, la Escritura les manda humillar sus almas delante del pobre, y tener compasion de su pobreza, y de sus trabajos.

Este era, Señores, el caracter de la Reyna. Aquellos desdenes, aquellos disgustos, que el continuo respeto de los Grandes, y el abatimiento de los pequeños causan frecuentemente en el interior de los Principes, jamás molestaron al miserable, ni al desdichado que imploró su socorro. Todo lo que la representó á Jesu-Chris-

(*a*) *Consideravit semitas domus suæ, & panem otiosa non comedit.* Prov. 31. v. 27.

Christo paciente, y sufrido, fue el objeto de su compasion, y de su aprecio; y su caridad no tuvo otros limites, que los que Dios havia dado á su poder, ó á sus deseos. Retiros obscuros, en donde la verguenza oculta la pobreza; ¡ quantas veces hizo llegar hasta vosotros sus consuelos, y sus limosnas, inquieta de vuestras necesidades, de vuestras tristezas, y mas cuidadosa en ocultar sus socorros, que lo estabais vosotros en ocultar miserias! Monasterios, que no teneis sino á la Cruz de Jesu-Christo por posesion, y por herencia; ¡ Quantas veces os hizo ver que podiais poner en su Persona vuestra confianza, y que nada falta á los que le temen! ¡ A quantas tropas de enfermos no asistió! ¡ A quantas doncellas hizo criar en comunidades de virgenes Christianas! ¡ Quantas Comunidades socorriò con sus pensiones, y con sus Beneficios! ¿ Pero quien podrá contar aqui todo quanto hemos conocido de su caridad, y descubrir todo lo que su humildad nos ha ocultado?

¿ Pero qué necesidad hay de correr el velo que echó sobre estas acciones? Veamosla en esos Hospitales, donde practicaba sus publicas misericordias. En esos lugares donde se juntan todas las enfermedades, y todos los accidentes de la vida humana; en donde los gemidos, y los llantos de los que padecen llenan el alma de quien los oye de una tristeza importuna; en donde el olor que exhalan tantos cuerpos enfermos lleva al corazon de los que los sirven el disgusto, y aùn el desmayo; en donde el dolor, y la pobreza exercen á porfia su funesto Imperio; y donde la imagen de la miseria, y de la muerte entra casi por todos los sentidos: Alli, elevandose sobre los temores, y la delicadeza de la naturaleza, por satisfacer á su caridad con peligro de su salud, se la vió todas las semanas enjugar las lagrimas de este, proveer á las necesidades de aquel, procurar á unos remedios, y lenitivos á sus males; y

á

á otros consolaciones de espiritu, y socorros para la conciencia.

Compañeras fieles de su piedad, que la llorais oy dia; vosotras la seguiais quando marchaba en esta pompa christiana: mas grande, quando deponia su Magestad, y mas gloriosa quando entre catervas de pobres, de enfermos, ó de moribundos imitaba la humildad, y la paciencia de Jesu-Christo, que quando entre filas de tropas victoriosas, en un carro brillante, y magestuoso participaba de la gloria, y de los triunfos de su Esposo.

Admiraos, mugeres ricas, y temblad, dice el Propheta; (*a*) vosotras que por gastos superfluos, y excesivos precisais á vuestros maridos á buscar en la opresion de los pobres con que proveer á vuestras vanidades, y á vuestro luxo; vosotras, que os estremeceis á vista de un Hospital, que haceis servir á vuestra delicadeza de pretexto á vuestra dureza; que lejos de aliviar los males de tantas personas afligidas, afectais ignorarlos.

Pero lo que corona la vida de esta Princesa es que siempre fue igual: las mismas virtudes, los mismos retiros, las mismas oraciones, el mismo uso de Sacramentos, los mismos principios, y las mismas reglas. Excitandola, y sosteniendola la gracia vivia en Jesu-Christo, y Jesu-Christo vivia en ella. Como su fé no fue fingida, su perseverancia no la fue molesta: y su fervor se renovó, aun con aquello que debia, al parecer, entibiarla. Ocupaciones, diversiones, obligaciones publicas, necesidades, y servidumbres del Reynado, nada la pudo hacer perder la continuacion de sus ora-

(*a*) *Obstupescite opulentæ, & conturbamini.* Isai. 32. v. 11.

oraciones. Sabía redimir el tiempo, segun el consejo del Apostol, (*a*) y tomar del preciso para su descanso las horas usurpadas á su retiro. ¿Donde hallaba reposo en las fatigas de los viages, sino en los Claustros, á los pies de los Altares? ¿Y quien de nosotros no la vió descansar en estos exercicios de piedad, y distribuir tambien el tiempo, que sin retardar los designios del Rey, y sin omitir ninguna de sus devociones, tenia toda la complacencia que una muger debe á su esposo, y toda la fidelidad, que una christiana debe á Dios?

Tal fue mientras vivió la perseverante fidelidad de la Reyna. Vos, Dios mio, lo haveis dicho: *Que quien perseverare hasta el fin serà salvo*; (*b*) y vos lo haveis hecho, dando vuestra corona, y vuestra salvacion à esta predestinada Princesa. Vos la haveis arrebatado enmedio de sus satisfacciones, de su felicidad, y de su alegria; y no obstante haveis hallado su corazon ocupado de vos mismo. Vos nos la haveis quitado por un accidente imprevisto; nosotros adoramos vuestros juicios, y reconocemos vuestras misericordias. La confianza que tenia en vos no debia debilitarse por ningun temor; qué la inocencia de su vida equivalia à la penitencia de los moribundos.

Havia vivido la Reyna con el mismo cuidado de su salvacion, que de ordinario se tiene en la ultima hora. Como Hostia viva de Jesu-Christo havia preparado con sus proprias manos la hoguera donde debia consumar su sacrificio; y era justo perdonarla los horrores de la muerte, en recompensa de su buena vida.

Pero

(*a*) Ephes. 5. v. 16. y Colos. 4. v. 5.
(*b*) Matth. 10. v. 22.

Pero á nosotros, Señor, que tantas veces violamos vuestra Santa Ley, hacednos conocer que estamos muriendo mucho tiempo antes de morir: Que un Propheta nos venga à decir de vuestra parte: *Disponed de vuestra casa, porque vuestra ultima hora se acerca.* (a) Conducidnos paso à paso á la muerte; y para expiar nuestros pecados, haced durar nuestro sacrificio. Que nuestra alma tenga tiempo de purificarse por la tribulacion, y por la paciencia de una enfermedad; y que la imagen de la muerte, y el temor de vuestros juicios lleguen á mover nuestros corazones, y exciten en ellos el fervor de la penitencia.

¿Què la quedaba, Señores, que pedir al Cielo, ni que desear sobre la tierra? Ella veía al Rey colmado de prosperidades humanas; amado de unos, temido de otros, estimado de todos; pudiendo todo lo que quiere, y no queriendo sino lo que debe; superior á todos por su gloria; y por su moderacion á su gloria misma.

Ella veía en vos, *SEñOR*, (b) todos sus deseos cumplidos. Ese caracter de grandeza, y de bondad, de moderacion, y de valor, de justicia, y de Religion; ese respeto que el Rey os inspira siempre por la Religion, esa sumision que la Religion os inspira siempre para con el Rey; esas virtudes de ambos unidas en vuestra persona que os hacen ser conocido como imagen del uno, y del otro; esa union tan pura, y tan tierna con tan augusta Princesa, que el Cielo parece havernos dado para recoger duplicado el espiritu de la Reyna, y representarnos su grandeza, y su piedad; esas bendiciones que Dios ha derramado, y và à derra-

(a) Isai. 38. v. 1.
(b) *Habla con el Delphin.*

mar de nuevo sobre vuestro augusto matrimonio, todo fue origen de alegria, y de consolacion para ella. ¡Quan tocado fue su corazon quando os vió en esas Campañas, en que supliendo vuestra inteligencia, vuestra actividad, y vuestra aplicacion la falta de experiencia, practicabais las reglas del mando, sin tener casi necesidad de aprenderlas; pronto á recibir las ordenes del Rey, y à darlas á sus exercitos; capaz de hacer executar sus grandes designios, y de seguir sus grandes exemplos; hecho para obedecer á él solo, y para mandar à lo restante del mundo! Dios quiso que fuese esta su ultima alegria; dichosa por haver visto hasta donde puede llegar vuestra gloria, sin estar expuesta á los temores, que podia darla algun dia vuestro gran valor.

¿Qué podia esperar despues de su muerte nuestra Reyna? Sobresaltos, y temores; los pesares, y el dolor de los pueblos; los monumentos erigidos á su gloria; las oraciones, y los Sacrificios ofrecidos por su alma; las lagrimas de los pobres derramadas; testimonios dados á su virtud por la voz publica; sus buenas obras anunciadas para la edificacion de los fieles; todo esto realza, y bendice su memoria. Vos mismo, *GRAN REY*, unico objeto de su respeto, y de su ternura, augusto testigo de su virtuosa, y sabia conducta; Vos la haveis amado; Vos la haveis llorado; Vos la haveis alabado, y Vos haveis dicho: *Yo jamàs he recibido otro sentimiento de ella que el de haverla perdido*; Y si entre los gozos del Cielo, aun les quedan á las Santas almas algunos afectos por las consolaciones de este mundo, sin duda està ella tocada de este; y me parece que veo ese corazon (enmedio de estár insensible) revivir, y enternecerse á estas palabras.

Pero los honores que ha gozado, y los que se hacen á su memoria, son inutiles, y debiles socorros; lo unico que nos puede consolar en la imprevista muer-

muerte de esta Princesa, es la seguridad de su salvacion. Esto es tambien, Señores, lo que nos debe instruir, y hacernos preveer los peligros. Despues de algunos desgraciados dias que nos quedan, *viene una noche*, dice el Hijo de Dios, *en que nadie puede trabajar. Venit nox, quando nemo potest operari.* (a) Una ceguedad voluntaria padecida por muchos años por el descuido de sus obligaciones, forma en fin unas tinieblas impenetrables. Hallase uno asaltado de una enfermedad, y entonces no se vé, ni la importancia de lo pasado, ni las consequencias de lo futuro. Se ha cometido el pecado sin temor, y se reciben los Sacramentos sin reflexion. Lisonjease uno, ó le lisonjean con vanas esperanzas de salud; y se muere antes que se haya percibido, que se podia morir.

Aun quando les alumbrase algun rayo de conocimiento, las potencias del alma se hallan, ó ligadas por el dolor, ò corrompidas por la costumbre. Lisonjeanse de nuevo con los vanos proyectos de una conversion imaginaria, ó con una confianza presuntuosa en la misericordia Divina; y en estos miserables momentos, en que no se pueden, ni practicar las virtudes, ni vencer los vicios, caen en las manos de la justicia de Dios, con la desesperacion de no poderle satisfacer.

Quiera el Cielo, Señores, que nosotros prevengamos estos peligros; y que si no tenemos, como la Reyna, los meritos de una vida pura, é inocente, tengamos, á lo menos, las precauciones de la penitencia, para alcanzar por los meritos de la Sangre de Jesu-Christo la gloria que ella posee, y que yo os deseo.

ORA-

(a) Joan. 9. v. 4.

ORACION
FUNEBRE
DEL MUY ALTO,
Y PODEROSO SEÑOR
MIGUEL LE TELLIER,
CABALLERO,
CHANCILLER DE FRANCIA:
PRONUNCIADA
EN LA IGLESIA DEL HOSPITAL REAL
DE LOS INVALIDOS,
EL DIA 22. DE MARZO
DE 1686.